



Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XII	San Salvador, C. A., Marzo de 1957	Número 113
---------	------------------------------------	---------------

ORIENTACION

Cristianismo: Profesión de vida

No se trata sólo de creencias y prácticas.

Por ser el cristianismo una religión o vinculación del hombre con Dios, necesariamente tiene que contener algunas ideas sobre Dios, el hombre y sus relaciones con El.

Creemos en Dios. Lo confesamos personal, distinto del mundo y de nosotros mismos, inteligente, libre, Creador de todas las cosas. Y enseñados por El lo veneramos Trino en personas, de las cuales el Hijo se hizo hombre para ser nuestro Maestro, Redentor y Salvador.

Creemos en el hombre, creado a la imagen y semejanza de Dios, portador de destinos eternos tras el breve y probatorio paso de su vida por la tierra.

Consecuentemente reconocemos las relaciones esenciales entre creatura y Creador, redimido y Redentor que son la base de la religión natural a la luz de la pura razón, y de la positiva cristiana a la luz de la revelación. Razón y revelación, dos luces guías, la una dentro de nosotros, la otra procedente de fuera, ésta complemento de aquella a la manera de un potente foco que iluminase toda la región por donde corre un automóvil con sus luces propias.

Tenemos creencias y a las creencias siguen las prácticas. Lo exige así la concatenación natural existente dentro de nosotros entre las ideas y su expresión externa, en virtud de la fuerza inherente a algunas de ellas por que eso se llaman motrices o motoras. Tales son de manera particular las religiosas. Ante el Creador el hombre al sentirse creatura no puede menos de exteriorizar su sentimiento en palabras, actitudes, ritos. Otro tanto diremos del redimido ante su Redentor.

La religión por lo tanto, ya lo vemos, se está convirtiendo en vida, interna y externa. La externa procedente de la interna, pero a su vez capaz de suscitar la idea madre de la interna en quien no la posea o la tenga olvidada. ¡Para cuántos no ha significado la primera invitación a relacionarse con Dios la simple vista de una actitud reverente o el entusiasmo espontáneo de una manifestación religiosa!

De ley ordinaria la continuidad y densidad de la vida religiosa dependerá en primer término de la densidad y continuidad que las ideas religiosas obtengan en un individuo o en un pueblo.

De aquí la importancia de que el niño comience a absorber la idea religiosa a una con la leche materna. Es el modo más apropiado, pero de la misma manera que el niño para conservar su vida ha de ir alimentándose siempre, aunque no en la misma forma, así también su incipiente vida religiosa nunca ha de carecer de sustento, si bien en distintas formas: las más acomodadas a las exigencias de cada edad.

Cualquiera medianamente entendido en puericultura sabe la dificultad que para recuperarse encuentran los desnutridos desde su infancia y todo adulto obligado a guardar dieta por mucho tiempo experimenta en sí la inadaptación de su organismo para acomodarse a un régimen normal, a no ser poco a poco. Otro tanto sucede con la vida religiosa en relación con las ideas de que ha de nutrirse.

Cuanto acabamos de decir puede aplicarse en su tanto a todas las religiones porque se trata de un proceso psicológico común a todos los hombres respecto a las ideas. Sin embargo hay una diferencia entre la religión verdadera y las falsas: que el hombre pensador puede llegar a descubrir un día la verdad y la falsedad de que la una y las otras se sustentan.

* * *

El cristianismo es vida divina en nosotros.

Esta desconcentante creatura que es el hombre lleva en lo más profundo de su ser la extraña pretensión de ser como Dios. Mucho quiere decirnos esto de su relevante y aun exclusiva posición entre todas las demás cosas del universo visible. No le arredra la continua experiencia de su miseria y de su nada, que hoy es y mañana no parece, ni la desengañan los fracasos. La pretensión vuelve a reaparecer y repetirse bajo las más diversas formas, desde la de nuestros primeros padres en el paraíso hasta la de los modernos forjadores del hombre "autónomo", convertido en diosecillo regla de sí mismo.

Fenómeno es éste interesantísimo que revela en nosotros una tendencia, un anhelo del que nos podemos preguntar quién lo ha puesto, cuál es su interpretación y si hay manera de satisfacerlo.

Siendo este anhelo una constante de la naturaleza, por fuerza hemos de atribuirlo a su autor. Por otra parte no podemos concebir a Dios burlándose de su criatura al dotarla de tendencias que no puedan encontrar su correspondiente satisfacción. Ninguna tendencia natural deja de tenerla si no es por una causa extraña que se lo impida.

Esta tendencia y este anhelo lo identifican los filósofos con el de la búsqueda de la felicidad perfecta, cuyo centro se nos descubre Dios mismo, hacia quien, el hombre, como tal, se dirige inconsciente o conscientemente. En su cualidad de racional y libre debe hacerlo conscientemente por el camino que el mismo Dios

le señala y es el único que le cuadra: el de la ley. Dios nos la imprime en nuestros corazones y nos la muestra por defuera en las tablas del Decálogo, en las enseñanzas de su Hijo y en las disposiciones de quienes aquí en la tierra son sus legítimos representantes.

La persistencia de la ley durante todo el curso de nuestras vidas, la insatisfacción radical hallada en todo lo terreno y la satisfacción honda, aunque parcial, sentida en lo divino, nos están indicando que el objetivo de nuestro anhelo se encuentra en el más allá, allí donde Dios se constituye en premio de los suyos, y que por lo tanto hay en nosotros una vida de ultratumba, la que todos los hombres han reconocido a su manera como definitiva y dependiente de la llevada aquí en la tierra.

Esta vida será feliz eternamente cuando el hombre ha sabido dar a su insaciable tendencia el debido cauce de la ley; desgraciada eternamente cuando no ha querido conciencia y libremente hacerlo así, porque la tendencia persistente, sigue impresa en la naturaleza. Pudo haber sido satisfecha según correspondencia a un ser racional y libre y, al no serlo, ella misma se convierte en vengadora de quien no quiso conducirla a su debido término. Entonces se produce aquella "muerte eterna" de que hablan las Sagradas Escrituras, no por ausencia de vida sino por eterna presencia de vida insatisfecha. En cambio la vida satisfecha de ultratumba es la vida eterna.

Si en todos los tiempos el hombre ha tratado de conquistar esta vida eterna en sus esfuerzos de ser como Dios o derrocarlo de su trono en un desviado, persistente y vano conato, no por eso Dios desaprueba la tendencia por El mismo impresa en la naturaleza, antes se adelanta a satisfacerla acortando las distancias al hacerse hombre sin dejar de ser Dios. En su Encarnación elevó a nuestra naturaleza hasta su altura empapándola, "ungiéndola" de vida divina para luego transmitir esa su vida divina a cada uno de nosotros por medio de los santos sacramentos y ser su alimento ordinario en el de la Eucaristía.

Es esta vida, enseña San Pablo (Rom. 5, 5), "la caridad de Dios difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado", es la gracia de Dios, la preciosa cualidad sobrenatural adherida al alma interna y permanentemente por la que quedamos constituidos en hijos adoptivos, participantes de la naturaleza divina y herederos de la misa gloria y felicidad de Dios. La vida eterna está ya en germen en nosotros. Una nueva humanidad aparece en el mundo con un nuevo Adán, Jesucristo, del que proviene una nueva vida divina acoplada vitalmente a nuestra vida natural. Un nuevo pueblo llama Padre a Dios y le suplica formar parte de su reino aquí y arriba, en el suelo y en el cielo.

Recibir la vida divina, recuperarla si se ha perdido, desarrollarla hasta que produzca sus frutos de bendición, he aquí el quehacer propio del cristiano. A la condición de vida superior a la meramente natural se debe que esta vida se inicia y nutre en la esfera intelectual por un conjunto de verdades pertenecientes así mismo a un orden superior, el de la revelación; tiene un aliento de alcances sobrenaturales; sigue las leyes de los mandamientos divinos y cuenta con un acompañamiento de fuerzas y de dones acomodado a sus diversas operaciones bajo un amoroso, actual y especialísimo influjo de Dios.

* * *

Es necesaria la profesión de la vida cristiana.

Mucho se engañaría quien pensase que esta vida divina tendría que conservarse y prosperar únicamente en un invernadero. Por el contrario está llamada a ser sopro vivificante de la humanidad "sentada en las sombras de la muerte"

del pecado y el fermento que esponje y de sabor a toda la masa humana, insípida a sí misma y a Dios. Lo hace actualmente y lo hará en adelante como lo ha hecho hasta el presente y lo testifica la brillante historia de la Iglesia, desterrando el paganismo, modelando a hombres y naciones a la imagen de Dios y cifrando en sí la esperanza de su salvación..

Vivir la vida iluminada por la fe y vivificada por la gracia divina, cada uno en su ambiente, esto es profesar de lleno el cristianismo. Cuanto a esto no llegue será cristianismo incipiente o esbozado o cristianismo adulterado y caricaturesco, incapaz de regenerar al hombre y a la sociedad.

El cristianismo, la Iglesia, nos dice S. S. Pío XII "busca primeramente al hombre mismo; se afana por formar al hombre, por modelar y perfeccionar en él la semejanza divina. Su trabajo se realiza en el fondo del corazón de cada uno, pero tiene su repercusión por todo el tiempo de la vida, en todos los campos de la actividad de cada uno. Con hombres así formados, la Iglesia prepara a la sociedad una base sobre la cual pueda ésta apoyarse con seguridad" (20 feb. 1946). En el mismo discurso había asegurado poco antes que "el influjo de la Iglesia se ejerce sobre el fundamento, la estructura y la dinámica de la sociedad humana" de modo que bien podemos asegurar de todas las actividades humanas lo que el mismo Papa dice hablando del progreso económico: Sin religión no tendrán ni medida, ni armonía, ni estabilidad porque lo deben recabar de la persona humana y la persona humana lo puede recabar únicamente de Dios (14 mayo, 1953).

La profesión de la vida era lo que diferenciaba a los cristianos de los paganos.

"Los cristianos, expone bellamente un escritor del s. II, no se diferencian de los demás ni por la región, ni por el lenguaje, ni por los quehaceres de la vida. Tienen cada uno su patria, pero a modo de inquilinos; como ciudadanos llevan una vida común con los demás, mas todo lo soportan como peregrinos. Al igual que todos se casan y engendran, pero no abortan. Tienen común la mesa, pero no el tálamo. Viven en carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero como ciudadanos del cielo. Obedecen a las leyes establecidas y aun más allá por su género de vida. Aman a todos y de todos son perseguidos. Se les hiere en su fama y se testifica su justicia. Son maldecidos y bendicen, deshonrados y honran".

"Para decirlo en una palabra: lo que el alma significa para el cuerpo, eso significan los cristianos para el mundo. El alma se difunde por todos los miembros del cuerpo y los cristianos por todas las ciudades del mundo. Habita el alma en el cuerpo sin ser del cuerpo; los cristianos en el mundo sin ser del mundo. El alma está encerrada en el cuerpo, pero ella sostiene al cuerpo; también los cristianos están detenidos a manera de cárcel en el mundo, pero ellos son los que sostienen el mundo" (Carta a Diognetes).

De tales cristianos podía sentirse seguro San Agustín y afirmar sin temor a ser rebatido: "Los que dicen ser la doctrina de Cristo nociva a la república que nos den un ejército de soldados tales como la doctrina de Cristo manda; que nos den así mismo regidores, gobernadores, cónyuges, padres, hijos, amos, siervos, reyes, jueces, tributarios, en fin, cobradores del fisco tales como la enseñanza de Cristo los quiere y los forma; y una vez que los hayan dado, atrévanse entonces a decir que semejante doctrina se opone al interés común; antes bien, habrán de reconocer que es la prenda para la salvación del Estado, si todos la obedeciesen. "(Carta 138, al 5, a Marcelino).

¿Vivimos, profesamos cuantos nos decimos cristianos la vida de cristianos? Una pregunta que nos puede dar materia de reflexión útil y muy conforme al tradicional tiempo de Cuaresma en este mes de Marzo.